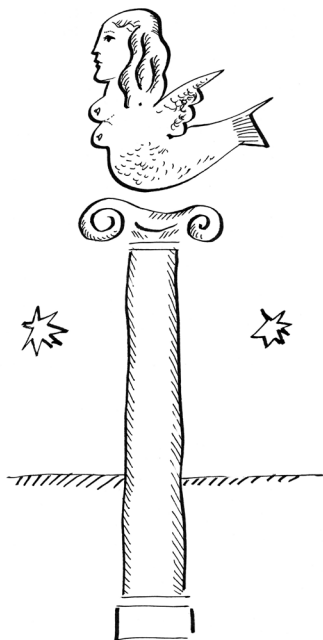


*Antonio A. Gómez Yebra*

NAVIDAD FUTURA



ediciones  
del Genal

# ediciones del Genal

© Textos *Antonio A. Gómez Yebra*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

*Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada*

**Autor:** *Antonio A. Gómez Yebra*

**Título:** *Navidad futura*

**Dirige la colección:** *Manuel Francisco Reina*

**Promueven:** *Ayuntamiento de Málaga y*

*Empresa Malagueña de Transportes (EMT)*

**Diseño y maquetación:** *Nuria Ogalla Camacho*

**Edita:** *Promotora Cultural Malagueña*

**Coordina:** *Ediciones del Genal*

**Colabora:** *Librerías Proteo y Prometeo*

**Depósito legal:** *MA-741-2020*

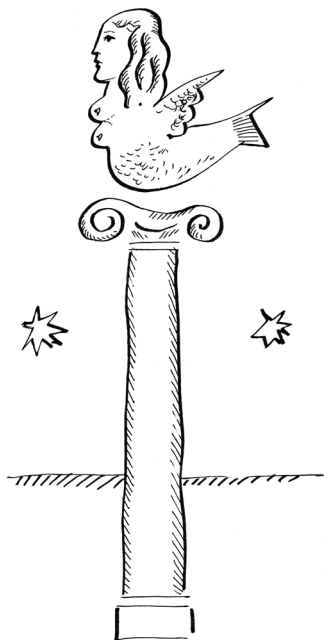
**ISBN:** *978-84-17974-88-6*

*Málaga 2020*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.*

*Antonio A. Gómez Yebra*

NAVIDAD FUTURA





*Un pequeño paso para el hombre,  
un gran salto para la Humanidad.*

Neil Armstrong, julio de 1969

Ya quedó muy atrás la llegada a la Luna; yace en el olvido lo mismo que el descubrimiento de América. Nuevos astros, nuevas galaxias, otros mundos, han sido descubiertos, conquistados y colonizados por el hombre.

Apenas existe diferenciación entre las razas; el ser humano es de un color parduzco, sus ojos se acercan a una graciosa oblicuidad, y su estatura sobrepasa por término medio los dos metros. El hombre adulto se ve joven, dinámico, alegre, fuerte, bastante parecido a Zoran.

Zoran vive en el tercer planeta de la estrella Espiga, a doscientos veinte años-luz de la Tierra. Es un hombre normal, un hombre cualquiera, un colonizador. Vive en un periodo de tiempo y unas condiciones que recuerdan, en parte, el descubrimiento y la conquista de América, pero también los siguientes pasos por el espacio infinito tras rebasar los últimos planetas del sistema solar.

Hay mucho que conquistar todavía en el Universo, aunque él realiza su labor en una explotación agrícola intensiva que, aunque casi totalmente mecanizada, necesita una cabeza directora.

No es el suyo un trabajo agotador. Afortunadamente, en su planeta, y en otros muchos, apenas quedan trabajos

pesados, pues estos los realizan las más complejas máquinas, los más sofisticados robots. Pero unos días de descanso, de cambio de actividad, de relajación, son necesarios y casi obligatorios para poder dedicarse luego con más ahínco a sus quehaceres.

Y al fin va a tener la ocasión: le han concedido unas vacaciones extraordinarias y ha elegido su destino turístico: el planeta Tierra, tan lejano en el espacio, pero tan entrañablemente cerca en el afecto de todos los seres humanos.

La Tierra llama su atención; es una llamada tierna, amorosa, de recuerdos que se pierden en la neblina del hoy y del pasado, unos recuerdos confusos, procedentes de reportajes que ha tenido ocasión de ver alguna vez, o que ha soñado.

No hay problemas de comunicación ni de transporte. A las viejas aeronaves, tan pesadas como lentas y contaminantes, han sustituido otros dispositivos de desplazamiento calificables como “químico-psicológicos”, que lo trasladan en fracciones de segundo al viejo planeta azul.

Zoran se hace presente en una urbe moderna, pero llena de contrastes, donde tienen cabida lo nuevo y lo viejo, como si no quisiera desprenderse del pasado, pero totalmente abierta al futuro.

La nieve, artificial, cae blanda, blanquísima, perezosa, y se amontona lentamente cubriendo toda superficie.

Es Navidad.

Reina un raro sosiego en el jardín donde ha recalado. Sale de allí por una puerta enrejada que debe tener varios siglos, aunque ha sido recientemente pintada en color verde oscuro. Grandes letreros, árboles iluminados, extrañas figuras, adornan las calles que limitan el jardín.

Es Navidad.

Ya en la calle, observa absorto, con extrañeza y admiración, tanta luminosidad, tanto movimiento, tanto ir y venir de artefactos voladores y terrestres.

La ciudad bulle, y el trajín de los viandantes, los sones musicales que se esparcen por todas partes, las carcajadas, la animación de las tiendas, producen un rumor agradable, caliente. Zoran se acerca al bullicio, se sumerge en él, y por fin lo deja atrás. Camina.

Estas raras calles metálicas, recubiertas por una alfombra de césped artificial, donde la nieve se va derritiendo lentamente, están más silenciosas.

Dos niños corren, uno tras otro. El mayor da alcance al más pequeño, y, después de una breve pelea, logra arrebatárle un objeto. Llora el pequeño y se acerca a Zoran, que no ha querido intervenir.

—¡Me la ha quitado, me la ha quitado! —logra apenas entender.

—¿Qué te ha quitado?

El mayor, que se había acercado con un poco de recelo, muestra el objeto de la pelea: algo parecido a una pequeña pila eléctrica, la moneda usual.

—¿Por qué se la has quitado?

—Para comprarme un regalo de Navidad —responde el muchacho, avergonzado.

Navidad, extraña palabra que despierta en Zoran un recuerdo de su lejana infancia. Sí, alguna vez ha oído esa palabra, pero... ¿a quién?, ¿dónde?, ¿cuándo?

—¿Qué es Navidad?

Los niños lo miran entre asombrados e incrédulos, y no saben qué responder.

—¿Qué es Navidad? —repite.

—Ven con nosotros.

—Iré con vosotros, pero a condición de que no volváis a pelear.

—No, claro que no —dice el más alto.

—No. Por mí, no —añade el menor.

—¡Devuélvele su pila a tu compañero, y yo os compraré un regalo a cada uno!

Zoran y sus dos jóvenes acompañantes recorren, curiosos, calles y plazas. Los niños lo guían, y se detienen por fin en una especie de hipermercado gigante en cuyos escaparates profusamente iluminados se pueden ver todo tipo de artefactos.



—¿Qué queréis que os compre?

—A mí, ese mecanismo —señala el mayor.

—Pues yo prefiero unas golosinas. Hace tiempo que no las pruebo, y me gustan mucho.

Zoran, acercándose a la zona de los cajeros, aproxima su boca a un micrófono, nombra los dos regalos, y, sacando de su bolsillo una pila parecida a aquella por la que habían peleado los niños, la conecta a un receptáculo especialmente dispuesto para esa misión de caja. Al cabo de unos segundos se enciende una luz verde: el precio ha sido abonado y los objetos seleccionados llegan perfectamente envueltos por el canal de salida.

Felices con sus regalos, los niños le dan las gracias y salen corriendo, dispuestos a dar noticia de su buena suerte.

—¡Eh! —les grita antes de que se alejen demasiado—, ¡no me habéis dicho qué es Navidad!

—Esto, esto es Navidad —dicen los chicos mostrando los obsequios antes de perderse definitivamente al doblar una esquina.

Zoran queda perplejo unos instantes, sin saber qué camino ni qué decisión tomar. No se había informado sobre las gentes y las costumbres de la Tierra, y empieza a considerar que su elección a la hora de escoger un sitio para disfrutar de sus vacaciones, no ha sido la mejor posible.

Unos pasos más adelante encuentra a una anciana que se ha refugiado en una caja de cartón poco más grande que ella.

Ignoraba que la caja era casi todo lo que tenía: era su dormitorio y su sala de estar. A su lado, un carrito de la compra del hipermercado donde Zoran había adquirido los regalos para los niños. Cuatro trastos en su interior, mal tapados con una manta: sus pertenencias.

—Oiga, señora: ¿qué es Navidad?

La mujer, que se frota las manos desesperadamente intentando superar el frío, hace un esfuerzo para contestarle.

—Navidad, hijo mío, es... Sí, ¿qué es Navidad?

El recién llegado la mira y se extraña de su pregunta.

—¿No lo sabe tampoco?

—¡Espere! A ver... a ver... ya, ya lo tengo... Navidad es tener pildillos suficientes y un sitio calentito donde poder reposar... Eso es.

—Pildillos —repite Zoran—, el alimento sintético que recibió su nombre de las palabras de las cuales derivaba: píldora y bocadillo...

—No, no creo que eso sea Navidad, venga usted conmigo y lo comprobará —dijo invitándola a seguirlo.

La mujer, sorprendida, salió con dificultad de su refugio de cartón, y se puso en pie a duras penas, notando cómo le crujían todos los huesos de su cuerpo.

El aliento de su boca parecía humo.

Miró el carrito, y no tuvo inconveniente en dejarlo donde estaba. Nadie iba a tocar nada. Nadie iba a investigar su contenido. Pocos transeúntes pasaban por aquella zona, y quien más, quien menos, lo hacía alejándose de la mujer y sus cosas. La suya era una pobreza alarmante. Sus ropas se veían viejas y estaban rotas o deshilachadas por muchos sitios.

Zoran la llevó hasta el cajero del hipermercado, susurró unas palabras al micrófono, aplicó la pila al receptáculo, y poco después estaban ambos, sentados en unos escalones próximos, saboreando los nutritivos pildillos.

—Hace tiempo que no probaba ninguno de este tipo; son de los mejores. Se derriten rápidamente en la boca, pero me ha quedado un regustillo delicioso... ¡Hum! Me siento como nueva... Es como si me hubiera tocado alguna lotería sin necesidad de comprar ninguna participación.

La mujer y Zoran charlaban como amigos de toda la vida. Aunque apenas se hubieran conocido unos minutos antes.

—Hace años, cuando yo era joven, recuerdo que me hablaron de la Navidad, pero mi memoria es cada día más débil... Ya no soy como antes... el tiempo es un mal amigo que pasa junto a ti y te va dejando sus huellas. Quizás alguien que conozco te lo pueda explicar: Orwell, el robot policía.

Unos segundos después de haber nombrado al robot, este se materializó ante ellos. Era un robot verdaderamente sofisticado, de última generación, imprescindible en un mundo dominado por la velocidad y la prisa, un mundo donde las desigualdades eran tan grandes entre los hombres que las leyes a duras penas se cumplían. Pero difícilmente los transgresores escapaban a la justicia: todo estaba vigilado, por todas partes había cámaras de grabación prácticamente invisibles, y miles de drones pululaban por las zonas públicas a diversas alturas, de tal forma que todo quedaba registrado. Y todo podía ser revisado en tramos de tiempo muy breves, pues robots especializados lo hacían con solvencia y prontitud.

—Hola, Orwell, me alegro de verte. Hace días que no se te ve el pelo... es un decir...

—Hola, Mirta, —dijo con voz extrañamente humana— sabes que quien me nombra me encuentra. Aquí estoy. No ha pasado ni un minuto desde tu llamada. ¿Qué necesitas esta vez? ¿Alguien te ha dicho, hecho, o quitado algo? ¿Alguien te ha producido algún tipo de daño? No he sido avisado de ello. Por eso estoy sorprendido. ¿Es por tu acompañante, recién llegado de algún lejano lugar del universo? Estoy recibiendo noticias de que te ha invitado a almorzar. ¿Hay algo más que debo conocer? Ahora mismo me necesitan con cierta urgencia en la zona oeste de la ciudad. ¡Habla!

—Orwell, solo te voy a molestar con una pregunta: ¿qué es Navidad?

—Navidad —respondió instantáneamente el robot policía— es un tiempo en que los pillos son más pillos, y los tontos, más tontos —y desapareció sin dejar rastro de su presencia.

—¡Bueno!... —comentó la anciana como si le hubieran quitado un peso de encima— ya sabes lo que es Navidad. ¿Qué harás ahora?

—Localizar a los pillos... —y se levantó sacudiéndose unos pequeños copos de nieve que se habían acumulado en la zona del traje que cubría sus rodillas y empezaban a derretirse.

—Ahí tienes a uno.

Un hombre joven que lucía una media máscara de algún material parecido al aluminio sobre la parte superior de la cara, se acercó, hasta situarse frente a Zoran. Prudentemente, la anciana retrocedió alejándose de sus dos acompañantes.

El recién llegado sacó un arma y apuntó a Zoran.

—¡Dame tu pila! —exigió en un tono nada amistoso.

Muchos años de trabajo había necesitado Zoran para acumular los ahorros contenidos en aquella pila. La necesitaba, además, para regresar a su planeta. Pensaba a gran velocidad cómo podría liberarse de su atracador, pero era incapaz de hacerlo con claridad.

Mirta quería gritar llamando a Orwell, pero el arma del recién llegado apuntaba unas veces hacia Zoran, y otras veces hacia ella, y eso la intimidaba. Sabía que toda la escena estaba siendo grabada y transmitida a gran velocidad, pero Orwell debía encontrarse muy lejos, embarcado en algún problema. No iba a llegar a tiempo.

—¡Rápido! —amenazó el desconocido cargando las palabras de una ferocidad inusitada y agitando, nervioso, el arma.

Zoran, que no sabía cómo salir del conflicto, lo miró fijamente y le habló.

—Puesto que me vas a dejar sin nada, te pido que me hagas un favor a cambio: dime qué es Navidad.

El desconocido quedó perplejo unos segundos. Luego reaccionó.

—¿Navidad? ¡Bah, bobadas! Navidad... es la juerga de los ricos y el remate de los pobres... Pero, ¡venga ya! ¡Ya está bien de palabrería, dámela ahora mismo o...!

—¿O qué? —se escuchó la humanizada voz de Orwell, quien se acababa de materializar incorporándose a la escena sin hacer ningún ruido.

Segundos más tarde, inmovilizado por un rayo paralizador, el ladrón estaba en el suelo, mientras el robot-policía le aplicaba unas esposas magnéticas a las muñecas.

—¡Un momento! —gritó Zoran—. Yo no he sido agredido ni denuncié a nadie. ¿Por qué maltrata a ese hombre?

—¿Cómo? —preguntó el policía—. ¿Me está sugiriendo que lo deje libre después de apuntarle con su arma con intención de robarle?

—Sí. No tiene derecho a hacerlo.

—¿Que no tengo derecho, Mirta? ¿Tú tienes algo que opinar? ¡Habla! ¡Te ha dado de comer y este hombre lo estaba atracando! ¿Qué te parece?

La mujer no supo o no se atrevió a contestar a las preguntas del policía. Muchos años de silencio por las esquinas y los parques de la ciudad habían hecho de ella una mujer cansada y callada.

—¡Muy bien! —dijo guasón el robot— ¡sarna con gusto no pica! —y aplicó un rayo positivo a las muñecas del delincuente—. Ahí os quedáis. Que nadie vuelva a solicitar mis servicios para este caso —y miró hacia arriba, seguramente hacia una cámara bien camuflada en algún saledizo, la que habría grabado y transmitido la escena del atraco.

El robot policía desapareció sin previo aviso, tal como había hecho acto de presencia, mientras el hombre que había sido paralizado recobraba el movimiento poco a poco y se quitaba la máscara.

—No sé qué decirle —murmuraba el hombre mirando al suelo—. Me llamo Ernek, y nunca había hecho nada

semejante, pero la visión de mis hijos hambrientos en un día como hoy ha sido más fuerte que yo... Le pido mil perdones... Lo siento mucho... Yo no soy así... Yo...

—No tienes de qué avergonzarte. Afortunadamente, conservo mi pila. ¿Vamos? —lo animó Zoran tuteándolo.

—¿Adónde?

Zoran llevó a Ernek en dirección al hipermercado, mientras Mirta bajaba los escalones y caminaba hacia su casa de cartón y su carrito de hipermercado. Sentía vergüenza, y no volvió a dirigir la mirada hacia los dos hombres. Sentía frío, de modo que cogió la manta, se envolvió en ella, y se introdujo en su caja.

Del hipermercado surgió una música alegre, que se extendió por la calle contagiando a los transeúntes.

Zoran y Ernek se acercaron a los cajeros y se pusieron a la cola, porque se habían reunido varios compradores, y aunque los dispositivos para el cobro eran abundantes, se vieron obligados a esperar el turno correspondiente.

Una hora más tarde llegaban los dos cargados de paquetes a la casa de Ernek.

Era un hogar humilde, venido a menos, en una zona de casas viejas, centenarias, con una sola planta, en la parte menos vistosa y menos amable de la ciudad.

Dos niñas y un niño, mal peinados y peor vestidos, como recién levantados tras una noche de mucho movi-



miento o de pesadillas, se acercaron a su padre, mirando con cierto recelo a su desconocido acompañante.

—Este es Zoran —lo presentó el padre—. Y gracias a él vais a tener los mejores regalos de Navidad de vuestra vida. Están aquí, en estos paquetes.

La madre se acercó a Zoran y le ofreció amistosamente su mano, que él estrechó mientras los niños empezaban a tocar con dedos temblorosos los papeles que envolvían los regalos, dispuestos a descubrir lo que escondían.

—¿Qué podríamos hacer para pagarle esto que ha hecho con nosotros? —comentó la mujer de Ernek una vez que los niños habían desenvuelto los regalos y se ponían a jugar con ellos.

—Muy fácil. Decirme qué es Navidad —respondió Zoran.

—Yo te lo voy a contestar como representante de todo el sentir de esta familia: Navidad eres tú, Zoran, tu alegría, tu generosidad, tu comprensión, tu ansia de paz, tu cariño, tú eres la Navidad, Zoran.

—¡Viva la Navidad! —gritaron a coro las voces de los niños.

—¡Viva! —dijeron todos.



Ya quedó muy atrás la llegada a la Luna; yace en el olvido lo mismo que el descubrimiento de América. Nuevos astros, nuevas galaxias, otros mundos, han sido descubiertos, conquistados y colonizados por el hombre.

Apenas existe diferenciación entre las razas; el ser humano es de un color parduzco, sus ojos se acercan a una graciosa oblicuidad, y su estatura sobrepasa por término medio los dos metros. El hombre adulto se ve joven, dinámico, alegre, fuerte, bastante parecido a Zoran.

Cuando Zoran salió de su planeta dispuesto a disfrutar de unas merecidas vacaciones, no tenía ni idea de lo que significaba la Navidad.

Ya ha regresado al punto de partida, y ha descubierto, de alguna manera, lo que significa la Navidad.

Ha gastado una pequeña parte de sus ahorros, y sabe que ha merecido la pena. Muy lejos, a doscientos veinte años-luz, unos niños son felices.

Él, también.



---

*Este ejemplar se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga,  
bajo la inspiración de **Poimnia**, musa de los cantos sagrados  
y la poesía sacra. Al cuidado de esta edición Librerías  
Proteo y Prometeo. Málaga, 2020*

## *Antonio A. Gómez Yebra*

Cacereño, afincado en Málaga desde 1966, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Málaga. Autor de 93 libros de Literatura Infantil y Juvenil, 15 para adultos y 57 ensayos. Ha impartido conferencias sobre temas de su especialidad en los Institutos Cervantes de Nueva York, París, Londres, Tánger, Lyon, así como en universidades de toda España, y en París, Nápoles, Catania, Reggio Calabria (Italia), Lausana, Zúrich, y Basilea (Suiza), Ostrava (República Checa), Moscú, Passo Fundo (Brasil), Greensboro, Duke University, Scripps College y Riverside (EEUU) y Guadalajara (México). Ha dado recitales poéticos de su obra en multitud de centros educativos y asociaciones culturales.

Por su labor como escritor ha recibido nueve galardones, por otras tantas obras de teatro, relatos o poesía. Se le considera un renovador de la adivinanza clásica, habiendo publicado 15 libros de adivinanzas originales.

